



## IV

### REVOLUCIÓN DE LAS COLONIAS

1808-1814

Origen.—Principia en Caracas.—Instituye Junta de Gobierno.—No reconoce á la Regencia del reino.—Declara la independenciam de la Confederación de Venezuela.—Rompe hostilidades contra los partidarios de España.—Bloqueo de la costa.—Combates en el río Orinoco.—Refuerzos de la metrópoli.—Peligro que corrieron en la Guaira.—Queda dos veces vencida la insurrección.—Córrese al nuevo reino de Granada.—Falta de conformidad.—Los de Cartagena atacan á Santa Marta.—Evacuación de esta plaza por los realistas.—Pérdida de buques.—Se recobra.—Combate naval á vista del puerto.—Crecimiento de la escuadra republicana con corsarios extranjeros.—Hacen daño al comercio.—Nueva España.—Alzan la bandera de rebelión los curas de almas.—Guerra feroz que hacen.—Llega á ser crítica la situación del virreinato.—Se pierden los puertos de San Blas y de Acapulco.—Llegan socorros de España.—Reacción.—Excelentes servicios que prestaron los oficiales de la Armada.

**CU**ANDO por las tardías comunicaciones marítimas llegaron al Continente americano nuevas de la invasión de la Península por las tropas napoleónicas, juntamente con las de los actos inicuos de Bayona, y del levantamiento nacional unánime en defensa de la independenciam, iguales sentimientos de indignación contra el usurpador y de simpatía por los que empuñaban las armas en pro de los derechos del rey cautivo se hicieron patentes en los virreinos y provincias de Indias, mostrándose la población, en gran masa, dispuesta á concurrir, con todos sus medios de acción, al noble propósito escrito en la bandera del alzamiento de España<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> «La España, invadida por un poder colosal, sus fortalezas ocupadas por el enemigo, rcta toda unidad en el Gobierno, ¡qué época tan favorable para la emanci-



Contra este espíritu arraigado de adhesión á la metrópoli se estrellaron los decretos como los emisarios que procuraron el reconocimiento del rey José. Obtúvolo la Junta central del reino, confirmado, según dicho queda anteriormente, con remesa cuantiosa de caudales, y aunque á su ejemplo, lo mismo que al de las anteriores juntas regionales que se habían disputado la supremacía, fueron constituyéndose en las de América, acariciaron el principio de la soberanía popular, y en el transcurso del año 1809 procedieron desordenadamente, se mantenían á la expectativa de sucesos que no había de ser larga, porque los de la dispersión de la referida Junta central y la entrada del ejército francés en Andalucía, no quedando, al parecer, libre de su dominación más que la isla gaditana, instaron á resoluciones más determinadas que habían ido preparando por caminos diversos la duda en el porvenir, las ambiciones despertadas por relajación de los lazos del antiguo régimen, la ingerencia de móviles externos, la propaganda separatista, la vacilación, la debilidad y el desacuerdo de los llamados por posición ó autoridad á encauzar, dirigir y reprimir en su caso á la opinión pública. Si algo faltaba al conjunto, vino á llenarlo la proclama de la Regencia, al decir:

«Americanos: Por mucho tiempo habéis estado oprimidos bajo un yugo opresivo, y tanto más pesado, cuanto que érais alejados del centro del poder; pero nosotros colocamos ahora vuestro futuro destino en vuestras propias manos. Hasta aquí habéis sido el juguete de los virreyes, siempre sometidos á su ambición y á sus caprichos, mientras que al mismo tiempo érais víctimas de su codicia: desde este momento vuestra suerte no depende más de ellos.»

pación del Nuevo Mundo! Pero los americanos eran sinceramente adictos á la madre patria; las noticias del Continente les llegaban de tal modo desfiguradas y contradictorias, la resistencia de la nación española les parecía tan noble, la posición de la familia real tan dolorosa é interesante, que, paralizados por la sorpresa y movidos de compasión, perdieron el feliz momento de obrar. Si la América española se hubiera separado en esa época de la madre patria, ¿de dónde hubiera sacado la España los medios de sostener por tanto tiempo una guerra que en parte ha contribuido á la caída de Bonaparte?» — D. Carlos Calvo, *Anales históricos de la revolución de la América latina*.



Caracas, capital de la capitanía general de Venezuela, que ni por la riqueza, ni por la población, ni por la importancia política figuraba en primera línea en las Indias occidentales, pero que desde 1711 tenía hechos ensayos de insurrección, repitiéndolos en 1748, y con más empeño en 1806, al intentar el hijo de la tierra, amamantado en la revolución francesa, D. Francisco Miranda, la introducción de sus doctrinas con aquella expedición, patrocinada por la Gran Bretaña y por los Estados Unidos de América, que se deshizo oportunamente<sup>1</sup>; Caracas, ciudad bulliciosa, tomó iniciativa en la manifestación de inteligencia, convocando en su Ayuntamiento al capitán general del territorio D. Vicente Emparan el jueves santo, 19 de Abril de 1810, y obligándole con amenazas de muerte, á declinar la autoridad.

Arrancada de sus manos, invocando todavía el nombre del rey Fernando VII, no se disimuló el objeto en los avisos enviados á las demás provincias y Estados de América con sople de independencia, dejando que por sí lo fueran revelando á los menos avisados, actos que no admitían interpretación; el secuestro y reparto de las rentas reales dispuestas para enviar á la Península en alimento de la guerra contra Francia<sup>2</sup>; la persecución ó encierro de personas significadas por la adhesión ó lealtad al Gobierno derribado; la convocatoria de un Congreso árbitro de los destinos del país; el llamamiento y aparición de Miranda como corifeo de escenario, y, finalmente, el empleo de la fuerza con derrame de sangre, encendiendo guerra que, si también apellidaron y podían apellidar propiamente de independencia, no dejaba de ser guerra fratricida.

Españoles é hijos de españoles nacidos en Europa hubo desde el principio en el campo de la revolución, no siendo de los que menos se significaron aceptándola y extendiéndola. Españoles criollos, ó naturales del Continente nuevo, lidiaron hasta el fin contra el intento de emancipación por la que se pretendía que dejaran de ser los adversarios indivi-

<sup>1</sup> Véase t. VIII.

<sup>2</sup> Cerca de tres millones de pesos.



duos de una misma familia, y tampoco dejaron de hacerse notables por la perseverancia con que sacrificaron á la convicción los más caros intereses. Por tal afinidad, se distinguieron en el comienzo de la lucha los bandos con denominación de *patriotas* y *realistas*. Luego, á medida que la revolución misma devoraba, como Saturno, á sus criaturas, y extendía la ramificación de antagonismos á las razas, á las localidades, á los intereses ó ambiciones personales, con otras designaciones y otros nombres se trató de deslindar la confusión anárquica producida.

La Junta de Caracas (siguiendo el orden natural de los sucesos), después de notificar oficialmente á la regencia del reino que por voto uniforme del pueblo había resumido la parte de soberanía correspondiente á su provincia, en el estado de disolución en que se hallaba el Gobierno de España, subyugada casi toda la nación á una dinastía extranjera y tiránica, y que retenía y usaba del poder interin no volviera al trono el Sr. D. Fernando VII, ó se instalara un Gobierno, solemne y legalmente constituído por Cortes convocadas según las leyes, y en que concurrieran por su legítima representación los reinos, provincias y ciudades de Indias<sup>1</sup>; la Junta de Caracas, digo, levantó ejército para imponer su voluntad á la provincia de Maracaibo y al departamento de Coro, únicos disidentes en el territorio que habían reconocido á la Regencia, y rompió las hostilidades con mal principio, porque los coreanos derrotaron á la hueste indisciplinada que los atacaba. La Regencia, por su parte, en respuesta á la manifestación, declaró en estado de bloqueo á las costas de la provincia, enviando para hacerlo efectivo al capitán de navio D. José Rodríguez de Arias, comandante de la fragata *Cornelia*, con este buque, la corbeta *Príncipe* y siete buques menores, guardacostas de Puerto Rico y de la Habana, que conducían algún auxilio de dinero y armas.

Pocas eran las fuerzas para atender á un litoral dilatado y contrarrestar la mala voluntad del gobernador inglés de la

<sup>1</sup> Diario de la Regencia, 4 de Julio de 1810.



isla de Curaçao, que, habiendo reconocido á la Junta de Caracas, favorecía indirectamente sus propósitos, procurando, sobre todo, el beneficio del comercio de la propia nación, que el bloqueo paralizaba. Se hizo, por tanto, difícil la misión de Rodríguez Arias; mas no dejó de llenarla satisfactoriamente en punto á cercenar los recursos del Gobierno revolucionario, que no contaba todavía con elementos navales.

Quizá la falta precipitó la marcha de los acontecimientos, rápida de suyo, levantando la presión ejercida sobre el Congreso, á fin de que, arrojando la máscara, despejara la situación, como lo hizo el 5 de Julio de 1811 declarando la independencia del territorio con título de Confederación americana de Venezuela <sup>1</sup>; acto seguido por los de arrastrar la bandera, escarapelas y atributos de la Monarquía española, y los consecuentes de secuestro y persecución de los que desde aquel momento se tenían por enemigos peligrosos.

Instantáneamente empujó la reacción al partido realista con violencia igual, conduciéndole al primer choque en las aguas corriendo el mes de Septiembre. Guayana era de las provincias en que prevalecía, por lo que los insurgentes la atacaron, como á las de Coro y Maracaibo. Tres divisiones suyas se apoderaron de los pueblos de Santa Cruz, Soledad, Tabasca y Uracoa, y en las barrancas del Orinoco, fronteras á la Nueva y Antigua Guayana, establecieron baterías con que sojuzgar á ambas poblaciones. Por dos meses las molestaron con el fuego de la artillería, en cuyo tiempo fueron sus vecinos preparando hasta 26 embarcaciones, y atravesando el río repentinamente unos 300 hombres con ellas, se apoderaron de la posición, de los cañones y de dos flecheras armadas con pedrerós, tras encarnizada pelea de tres horas, en que poco intervino el arte militar.

Era empezado el año siguiente de 1812 al poner en ejercicio sus disciplinas el teniente de navío D. Domingo Monteverde con la compañía de infantería de Marina que mandaba,

<sup>1</sup> Declaración de independencia firmada en Caracas el 5 de Julio de 1811 por Juan Antonio Rodríguez, Presidente del Congreso; Luis Ignacio Mendoza, Vicepresidente, y Francisco Isnardy, Secretario.



llegada á Coro desde Puerto Rico. Aumentada hasta 264 hombres la fuerza efectiva, salió á campaña por orden del brigadier Ceballos, Gobernador de la provincia, arrollando desde el primer día á las masas colecticias y entreveradas de patriotas que se le opusieron, y que tanto más notoriedad procuraban á los triunfos de la inteligencia del jefe realista cuanto más abultadas eran.

Al mismo tiempo se abría la serie de las verdaderas operaciones náuticas, en razón á que los gobernantes de la República en infancia, ni anduvieron omisos en expedir patentes de corso á extranjeros <sup>1</sup>, ni dejaron de afanarse por adquirir y armar bajeles por sí, consiguiendo en muy poco tiempo tener los bastantes para hacer ilusorio el bloqueo de la escuadra española, reducida, por necesidades del servicio que habían llamado á la Habana á la fragata *Cornelia*, á pocos buques, el mayor de ellos la corbeta *Príncipe*, á cargo del capitán de fragata D. Torcuato Piédrola.

El 27 de Febrero se hallaron, pues, los insurgentes en aptitud de remontar el Orinoco con escuadrilla, ante la que las fuerzas sutiles realistas tuvieron que retirarse á Guayana la Antigua, perdiendo una goleta en la refriega. Creyéronse aquéllos con tan fácil victoria señores de la importante vía fluvial, que interceptaron desde luego, formando línea de bajeles acoderados desde la ensenada de Sorondo hasta la costa del Sur, y apoyando las cabezas con baterías en tierra, en espera de la escuadrilla real, que no tardó en presentarse; con ocho goletas, dos balandras y seis lanchas cañoneras embocó el río el 25 de Marzo y rompió la línea por la parte del Sur á las dos de la tarde, rindiendo á un pailebot armado con cañón de á seis y á dos lanchas. Las demás embarcaciones mejoraron de fondeadero durante la noche, y al amanecer el 26 se renovó el combate, sin que supieran valerse de la superioridad de su fuerza; parte de la gente huyó, abandonando los buques, y aunque incendiaron los tres mayores, se les tomaron 31, con 30 piezas de artillería de los calibres

<sup>1</sup> Don Rafael M. Baralt, *Resumen de la Historia de Venezuela*.



de 24 á 4, los fusiles y los pertrechos, haciéndoles 260 muertos y 538 prisioneros, con la escasa pérdida, relativamente, de cinco muertos y ocho heridos. Los vencedores tomaron seguidamente las baterías de tierra, y quedó libre el curso del Orinoco y destruída por completo la expedición destinada contra la provincia de Guayana. Era el comandante de Marina D. Francisco Sales de Echevarría <sup>1</sup>.

Monteverde avanzaba, engrosando sus filas con los oprimidos que diariamente se le incorporaban, y aprovechando circunstancias, entre las que un espantoso terremoto favoreció á la causa que defendía, trastornando á las ciudades y poniendo en confusión al Gobierno revolucionario <sup>2</sup>. Ocurrió el 30 de Junio que los realistas presos en el castillo de San Felipe, de Puerto Cabello, rompieron los grillos, y teniendo por cabeza al alférez D. Francisco Fernández Vinori, sometieron á la guarnición, asestaron los cañones á la plaza y al puerto, causaron la voladura del bergantín insurgente *Argos* y la rendición de dos goletas y una lancha cañonera, juntamente con la de la plaza <sup>3</sup>. Por otro lado se alzaron negros y mulatos, si apellidando al rey Fernando, con la intención verdadera de sobreponerse á los blancos, á favor de la oleada revolucionaria, sucesos que colocaron á la República en situación crítica, de la que no pudieron sacarla las altas dotes de Miranda, quizá el más juicioso y menos violento de los caudillos americanos <sup>4</sup>, nombrado de mala gana por los demás dictador y generalísimo de los ejércitos.

<sup>1</sup> *Relación del combate naval de Sorondo el 25 y 26 de Marzo de 1812, enviada por el gobernador de Guayana, coronel D. José de Chastre. Gaceta de la Regencia de 25 de Junio.* D. Rafael M. Baralt la refirió también en su obra, antes citada, expresando que de los patriotas apenas quedó hombre vivo, y todos sus buques apresados.

<sup>2</sup> Según D. Mariano Torrente, *Historia de la Revolución hispano-americana*, por el terremoto ocurrido el 26 de Marzo, día del combate naval de Sorondo, se arruinaron las poblaciones de San Felipe, Barquisimeto, Mérida, La Guaira, Maiquetia, Chacao y Caracas. D. José Francisco Heredia, *Memorias sobre las revoluciones de Venezuela*, calculó en 14.000 las personas que perecieron.

<sup>3</sup> Parte del capitán de fragata D. Juan Tiscar, Comandante del apostadero, publicado en la *Gaceta de la Regencia* de 15 de Noviembre. Expediente en el Archivo del Ministerio de Marina. *Indiferente*, 1812. 18 de Julio. Torrente.—Baralt.—Heredia.

<sup>4</sup> Al parecer, de Torrente.



Se aproximaba á Caracas Monteverde victorioso; corrían, por otro lado, los negros sublevados de la costa Oriental, queriendo ganarle por la mano, y antes de que desbordara aquel raudal, Miranda decidió iniciar con el jefe realista proposiciones de transacción amistosa, por la que volvieran las cosas á la situación en que estaban antes de declararse la independencia, entregando las armas las tropas rebeldes á condición de inmunidad en las personas y los bienes, transacción ratificada por ambas partes el 24 y 25 de Julio, y en virtud de la que se dirigió Miranda á la Guaira para embarcarse, como lo verificara á no detenerle camaradas suyos dirigidos por un joven de distinguida condición, rico, instruído, enérgico, Simón Bolívar, destinado á figurar en primera línea en la conmoción del Nuevo Mundo <sup>1</sup>.

Suele la vanidad deslucir las condiciones más brillantes de los hombres, haciéndoles resbalar por la pendiente peligrosa oculta en el aplauso; D. Domingo de Monteverde, engreído con el éxito, hubo de atribuir los resultados fortuitos de la campaña al mérito de la dirección con que alcanzó el término, y como llegara á su lado el brigadier Ceballos con propósito de tomar el mando del ejército, negóse á entregárselo, haciendo igual resistencia al requerimiento del general don Fernando Miyares, llegado á Puerto Cabello desde Puerto Rico con refuerzo de alguna tropa y título de Capitán general de Venezuela, expedido por la Regencia, alegando que los términos del convenio hecho con Miranda y la conveniencia del orden público le obligaban á retener la autoridad.

Incurrió en falta grave de disciplina, dando ejemplo muy repetido después en la guerra de Indias, con fatales consecuencias, que el mismo Monteverde había de experimentar, sin que pudiera disculparlo con el acierto de sus providencias. Hombre de más valor que raciocinio, no supo colocarse

<sup>1</sup> Miranda y otros ocho jefes, acusados por sus compañeros de dilapidación de los fondos públicos y de otros delitos comunes, fueron enviados á Cádiz, y presos en la Carraca, murió el primero, acabando la azarosa carrera. Sus biógrafos creen que hacía sombra á la ambición de Bolívar.



en la altura requerida por las circunstancias, ni presidir á la concordia que desvaneciera el recuerdo de lo sucedido <sup>1</sup>, antes bien, faltando á lo pactado y poniendo en práctica un sistema de dura represión, deshizo la propia obra, volviendo á encender la guerra.

Entonces, dejándose llevar de la presunción, de la intrepidez y del menosprecio al enemigo, se lanzó con fuerza insuficiente contra las partidas nuevamente alzadas, y no acompañándole esta vez la fortuna, ya que no se asociaba con la prudencia, fué derrotado y herido; deshecho asimismo el ejército del capitán de fragata D. Juan Tiscar, á quien había elegido por su lugarteniente; muerto D. Pedro Cabrera, Capitán de fragata, también de superior concepto. En los seis primeros meses del año 1813 se derrumbó el edificio monárquico; entró Bolívar en Caracas, habiendo proclamado la guerra sin cuartel, la guerra á muerte con exterminio de la raza española <sup>2</sup>, y teniendo que retirarse Monteverde á la plaza de Puerto Cabello, sitiado en ella por mar y tierra, fué depuesto por sus mismos soldados á fines de Diciembre, y obligado á embarcarse, sufriendo la pena merecida por su anterior insubordinación.

En esta campaña no pelearon solos los hijos del país; una turba de aventureros de todas las naciones de Europa y América hizo irrupción por la costa de Pária y provincia de Guayana, auxiliándolos en tierra y mar á la reparación del contratiempo y rota del partido realista, reducido á la posesión azarosa y disputada de la referida plaza de Puerto Cabello y las de Coro y Guayana.

A pesar del estado angustioso de España y de la Marina, algún socorro se despachó á los sostenedores de la bandera, ya en buques sueltos, ya en los convoyes del comercio. Uno especial de cuatro bajeles, con escolta de la fragata de guerra *Diana*, salió de Vigo conduciendo á 1.159 individuos de tropa en 1812; otro convoy custodió la *Venganza*, con un regimiento de infantería que estuvo á punto de perderse, por

<sup>1</sup> Heredia, *Memorias*.

<sup>2</sup> Proclama publicada en 15 de Junio.



dar fondo los buques en la rada de la Guaira, creyendo continuara la plaza por el Rey. Bolívar mandó arbolar bandera nacional, ansiando la presa, y al llegar á la playa bote con el segundo comandante de la fragata D. Ignacio del Valle Marimón, lo hizo detener y que rompieran el fuego las baterías, ya que la ficción no podía prolongarse; consiguieron, sin embargo, los buques ponerse á la vela, picando los cables, y ganaron el surgidero inmediato de Puerto Cabello, donde la tropa desembarcó, obligando á levantar el sitio á los republicanos <sup>1</sup>.

Por confianza ó descuido semejante se perdió el socorro que iba al castillo de San Gian, cuando ocurrió el alzamiento de Portugal en tiempo de Felipe IV, y en esta misma guerra americana se repitió varias veces el caso, ofreciendo lección que conviene tener presente, en las discordias civiles sobre todo.

De cualquier manera, siendo escasos y tardíos los que llegaron á Venezuela, mal semblante presentara la causa á no haber surgido en el territorio mismo un caudillo que, recogiendo los elementos dispersos, y valiéndose de los recursos internos, de propia autoridad realzó los espíritus, cambiando otra vez la faz de la campaña. D. José Tomás Boves, que así se hacía llamar <sup>2</sup>, dió principio al ejercicio militar con una partida de caballería, en los momentos en que la causa de España parecía desesperada. Tardó poco en tener fusiles, cañones, municiones, bagajes tomados al enemigo en encuentros que acreditaron una aptitud guerrera extraordinaria, á la vez que le procuraban fama de bizarría. En las llanuras de Araure le derrotó Bolívar, que á tales trances se

<sup>1</sup> Heredia.—Baralt.—Torrente. El 14 de Septiembre.

<sup>2</sup> José Tomás Rodríguez era su nombre verdadero, piloto, natural de Gijón. Por excesos cometidos en el mando de un buque corsario, fué sentenciado á ocho años de prisión en el castillo de Puerto Cabello. Conmutósele la pena por la de destierro en la villa de Calabozo, donde los convecinos le eligieron comandante de urbanos. Desde entonces cambió de apellido. Baralt, harto benévolo en el juicio de los jefes americanos, le tachó de cruel y sanguinario por la aplicación de la ley del talión con que respondió á las de Bolívar. El mismo concepto le merecía el oficial de la Armada D. Juan Gabazo, que fué azote de los corsarios insurgentes.



expone el soldado; en los llanos mismos se desquitó, descargando sucesivamente tantos y tales golpes sobre el cabeza revolucionario, que ahuyentado de la región, en el plazo relativamente breve de diez meses, desaparecieron de ella los humos de la Confederación.

Dos veces, escribía el licenciado Heredia, al llegar en sus *Memorias* al año 1814, dos veces se perdió Venezuela para España, y dos veces fué reconquistada por Monteverde y por Boves, con los recursos naturales del país, sin ayuda de la metrópoli.

Cual corre la llama prendida en rastrojos secos, se propagó por todo el Continente americano el movimiento de insurrección contra el dominio de España, con avances parecidos á los de la región de Venezuela. En la contigua, que constituía el virreinato de Santa Fe, ó del nuevo reino de Granada, por idénticos procedimientos se instaló una Junta suprema de gobierno y se hizo convocatoria de Congreso; mas no hubo en las provincias unanimidad de pareceres. De las marítimas, que á nuestro objeto importan, Cartagena se adelantó á la capital; formó Junta propia, y declaró que, roto el pacto con la metrópoli, quedaba disuelto el que ligaba á Santa Fe con las antiguas dependencias, y en libertad cada una de éstas para adoptar el gobierno que mejor le pareciera, dentro del sistema federativo. Santa Marta y Río del Hacha, por lo contrario, no quisieron romper las relaciones existentes con España, y de aquí, al acabar el año 1810, la escisión y la guerra dentro del estado que los del Congreso nombraron de Cundinamarca.

Las condiciones de plaza fuerte de Cartagena atrajeron á su recinto á los revolucionarios más exaltados y á muchos de los extranjeros, que buscaban fortuna en el turbión de los sucesos, por refuerzo de la Junta, cuyas aspiraciones de preponderancia é imposición encontraban obstáculo en el antagonismo de Santa Marta. Había venido á ser esta ciudad, á su vez, punto de reunión de los perseguidos por opiniones realistas y centro reactivo con el que necesariamente había de pugnar el otro.



Ocurrieron los primeros encuentros por el interior entre guerrillas ó partidas sueltas, mientras por una y otra parte armaban buques con que extender las operaciones militares. La llegada de un batallón de infantería procedente de España dió á los samarios <sup>1</sup> aliento para la ofensiva en repetidas incursiones por el Río Grande de la Magdalena, por la Ciénaga y por la costa, ensayando las lanchas cañoneras y goletas corsarias improvisadas con poca fortuna, pues **que fueron derrotadas en Mompox y en Barranquilla con bastante pérdida de gente.**

Envalentonados los cartageneros con las ventajas conseguidas, organizaron la mayor de sus expediciones al mando del aventurero francés Pedro Labatut, que las prosiguió, consiguiendo apoderarse del pueblo de San Juan de Ciénaga, situado á poca distancia de la ciudad. Los fugitivos la alborotaron, comunicando el pánico de que llegaban poseídos al coronel D. José del Castillo, Gobernador de la plaza, y aunque ésta contara con elementos para afrontar peligros mucho mayores, la irreflexión del jefe los abultó, ocasionando desastre de los más sensibles de la guerra, al ordenar la evacuación inmediata de la ciudad, sin admitir observaciones de los comandantes de la tropa ni de los de los bajeles de guerra que habían llegado en auxilio.

El 6 de Enero de 1813 se llenaron precipitadamente 22 buques mercantes estacionados en el puerto, ocupándolos los que primero podían abordarlos por industria ó fuerza en el tropel de personas de todo sexo y edad que lo intentaba. Las escenas conmovían al alma, y sería difícil saber si impresionaba más intensamente la del tropel de gentes que, dejado el hogar, los bienes y las comodidades, se contaba por grupos en los barcos y echaba de menos á alguno de los allegados; la de los que hasta el último momento se arrojaban al agua desde los muelles para ganar puesto en alguna embarcación; la de los abandonados en tierra á la desesperación con que creían sentir en la garganta el cuchillo de los

<sup>1</sup> Así eran llamados los habitantes de Santa Marta.—Torrente.



republicanos. Y no acabó la tribulación una vez á la vela el convoy, escoltado por el bergantín *Aguila*, la goleta *Príncipe* y el místico *Cupido*, pocos para librarles del temor de la persecución de la escuadrilla inmediata de Cartagena, compuesta de un bergantín de 18 cañones; de una goleta nueva, de construcción anglo-americana, con 14 piezas en las bandas y una de á 24 en montaje giratorio; de tres goletas menores, una bombardera y cinco cañoneras <sup>1</sup>: crecieron los apuros al advertir que los desterrados embarcaron consigo quizá los objetos de más valor susceptibles de llevarse á la mano, pero no se acordaron, ni era posible que en la precipitación lo hicieran, de procurarse provisiones de boca, y se hallaron en la mar sin alimento; necesidad que les obligó á tomar puerto donde se les proporcionara, en vez de dirigirse á la isla de Cuba obedeciendo órdenes recibidas.

En aquel horroroso desorden se dejaron al enemigo 18 embarcaciones armadas de fuerza sutil <sup>2</sup>, pérdida menos sensible que la ocurrida á pocos días, en que llegó á Santa Marta la corbeta de 28 cañones *Indagadora*, procedente de Veracruz, en conserva de otra mercante. Ignorando lo ocurrido y en contradicción con el apelativo, fondeó confiadamente bajo las baterías del Morro, y tuvo que rendirse á los insurgentes que las ocupaban <sup>3</sup>, si bien por corto espacio de tiempo. Labatut, después de llenar las prisiones de Cartagena con los vecinos principales de la ciudad, maltrató á los restantes y á los de los pueblos del alrededor con dureza tanta, que los sublevó y puso en armas, engrosados con los indios de Banda y casas inmediatas. Tocó entonces el terror á los cartageneros, cuyo jefe escapó con una parte en la *Indagadora*, dejando á la mayor entregada á la venganza de los oprimidos; de modo que á los dos meses volvió la plaza al dominio de España, sin más fruto para los republicanos

<sup>1</sup> Parte de la evacuación escrito en Portobelo á 12 de Febrero por D. Manuel Funes, comandante del místico correo *Cupido*. Archivo del Ministerio de Marina. *Indiferente*. Año 1813.—Otro parte del Comandante general de la Habana comunicando las noticias recibidas. El mismo negociado.

<sup>2</sup> Archivo del Ministerio de Marina. *Expediciones de Indias*. Año 1813.

<sup>3</sup> Idem id.



que la miseria de los naturales. El intento de recobrarla con una columna dirigida por otro francés (Luis Bernardo Chantillon), les resultó funesto; apenas libraron hombre con vida en la acción reñida en San Juan de la Ciénaga.

Con mayor elocuencia que los hechos no sirviera la palabra acusando de injustificada la evacuación tan dañosa á la causa realista. Á sostener á ésta de nuevo en Santa Marta se destinó al brigadier D. Pedro Ruiz de Porras, estante en Panamá, enviándole desde Portobelo el refuerzo de un batallón de Albuera en convoy custodiado por el místico *Cupido*, el paquebot *Borja* y las goletas *Galga* y *Junta de Sevilla*, conductores al mismo tiempo de pólvora y municiones. Supiéronlo con anticipación los de Cartagena, y á evitar la entrada despacharon á la corbeta *Indagadora* apresada, con tres goletas de porte superior al de las españolas, que las acometieron á tiro de metralla á vista del puerto, el 9 de Septiembre; mas de éste salió D. Antonio Gastón en otra goleta mercante, bastando su aparición para que los buques enemigos se retirasen dejando franco el paso <sup>1</sup>.

Era lógico su envalentonamiento viendo disminuir la escuadra real por accidentes del continuo crucero sostenido, y tales fueron el naufragio del bergantín *Manuel*, en la entrada de Puerto Cabello <sup>2</sup>, y la inutilidad de otros barcos por falta de reparaciones, mientras que la republicana crecía de día en día con bajeles armados en Nueva Orleans, Baltimore y otros puertos de los Estados Unidos, con capitanes y gente de todas partes del mundo, menos de aquella que simbolizaba la bandera insurgente arbolada á favor de patentes de corso. De esta especie de barcos, ligeros y muy bien pertrechados, contaban 32 en el año corriente de 1813, y hacían extorsión al comercio español estacionados en los puntos de recalada ó de frecuente y preciso tránsito, como el canal de Bahama, donde apresaron á las fragatas mercantes *Dolores*, *Carmela*

<sup>1</sup> Parte del teniente de navío D. Manuel Funes, comandante del místico *Cupido* y del convoy. Archivo del Ministerio de Marina. *Indiferente*. Año 1813.

<sup>2</sup> El 27 de Abril; lo mandaba el teniente de navío D. Martín María Espino. Parte en el mismo Archivo.



y *Rosa*, de la carrera de Cádiz, y á nueve bajeles de menor porte <sup>1</sup>.

La progresión de los corsarios trae á la memoria lo escrito á la Señoría de Venecia por su embajador Zeno sobre el estado de España al empezar el reinado de Carlos II: «Esta nación poseyó tantas tierras, porque no desatendía á sus fuerzas de mar. Como la ley es la misma para los contrarios, excuso decir más.»

Desde el nuevo reino de Granada pudiera continuar la relación de las revueltas en su camino hacia el Sur por el Alto Perú; pero, bajo el punto de vista náutico, interesa más examinarlas en la dirección opuesta, saltando el territorio de la capitania general de Guatemala, gobernada en estos tiempos por el jefe de escuadra D. José Bustamante y Guerra, el antiguo comandante de la corbeta *Atrevida*, por mantenerse pacífico y tranquilo, excepcionalmente, y fijar la atención en el virreinato de Nueva España, vasto escenario que ofreció la particularidad de ser eclesiásticos los que alzaron la bandera de insurrección y los que la guiaron por senderos de ferocidad inaudita.

Cura titular del pueblo de Dolores era D. Miguel Hidalgo, caudillo de la rebelión, triunfante en Guanajuato por el mes de Septiembre de 1810, y extendida con rapidez, por adherencia de las milicias de á pie y de á caballo, á la masa del pueblo, tan considerable y exaltada, que con posesionarse de la capital acabara muy pronto de arrollar al elemento español, diseminado y no apercebido contra el peligro. Nada menos de 80.000 hombres condujo el general presbítero al ataque; muchos de ellos, en verdad, indios de tropel allegados por el atractivo del saqueo, mas no pocos eran de los organizados en batallones y escuadrones de antiguo, mientras que los preparados en la ciudad para hacerles frente no pasaban de 1.200 de todas armas <sup>2</sup>, mandados por el teniente coronel D. Torcuato Trujillo, y sin otros oficiales europeos que el

<sup>1</sup> *Gaceta de la Regencia* de 1.º de Enero de 1814.

<sup>2</sup> Don Francisco de Paula Arrangoiz los reduce á 800 en su obra *Méjico desde 1808 hasta 1867. Relación de los principales acontecimientos políticos.....*



capitán de dragones D. Antonio Bringas, el teniente de navío D. Juan Bautista Ustáriz, que se encargó de dos cañones, y el de infantería D. Agustín Iturbide, de futura notoriedad.

Dióse la batalla en el monte de las Cruces el 30 de Octubre, con algún parecido á las de Hernán Cortés en punto á la proporción de 1 á 80 en que estaban los combatientes, y también en el destrozo hecho por la artillería, que todo el día contuvo el avance de los insurgentes, no sin que los realistas perdieran la tercera parte de su número; razón por la que se retiraron durante la noche á un punto distante dos leguas de la capital, donde recibieron refuerzo y pudieron hacer obras de defensa.

Hidalgo cantó victoria; se detuvo, sin embargo, esparciendo á su gente, con lo que ofreció al virrey D. Francisco Javier Venegas ocasión para llamar á un regimiento estacionado en la Puebla de los Angeles y á las dotaciones de los buques de guerra surtos en Veracruz, las cuales condujo á marchas forzadas el capitán de navío D. Rosendo Porlier, comandante de la fragata *Atocha*, en la que el Virrey llegó de España. Méjico se salvó del conflicto, ganando en realidad la batalla sus defensores <sup>1</sup>.

Empero la situación no mejoró gran cosa, sublevado el país en todas sus provincias y difundido el espíritu de independencia por todas las clases. El ejército armado de que disponía la rebelión pasaba de 100.000 hombres, dirigido en las regiones del Norte por Hidalgo; organizado en las del Sur por otro presbítero, lugarteniente suyo, D. José María Morelos, cura de Caráguaro. Un tercer eclesiástico, de los que habían trocado la estola por la banda de los generales, D. José María Mercado, puso cerco á la ciudad de San Blas, en la costa del Pacífico, y la rindió el 28 de Noviembre por capitulación, no quedando el gobernador, teniente de navío D. José de Lavayen, en el buen concepto merecido por sus compañeros de cuerpo en la campaña, pues encontrándose

<sup>1</sup> En este concepto mandó acuñar el Ayuntamiento y comercio de Veracruz una medalla de plata muy hermosa que conmemorase el hecho.



la plaza en buen estado, con la mar abierta, por donde daban auxilio los bergantines de guerra *Activo* y *San Carlos*<sup>1</sup> y la goleta *San Luis Gonzaga*, se dejó intimidar por el número de los insurgentes, dando crédito á los exagerados informes del alférez de fragata D. Agustín Bocalan, que había salido á reconocerlos, y perjuicio á la causa con la pérdida de la posición y de la artillería, hasta el año siguiente, en que se recuperó, con muerte del cura.

A fuerza de marchas y encuentros pudo restaurarse el orden en Nueva Galicia, con golpes felices, cayendo Hidalgo y algunos más de los jefes principales, con el considerable despojo que se llevaban en retirada hacia los Estados Unidos. En cambio se encendió la guerra en las provincias del Sur, y fué incomunicada Veracruz, que era el puerto por donde llegaban á la capital los principales recursos. Se hizo necesario que la gente de los buques de guerra guarneciera á la plaza y al castillo de San Juan de Ulúa, amén de atender al crucero de la costa desde Tampico al Misisipí, por haberse declarado independientes los colonos de la Florida Occidental<sup>2</sup>. Mantuvieron también al puerto y río de Alvarado, defendiéndolo contra las acometidas de los rebeldes con lanchas, faluchos y escaso personal<sup>3</sup>, hasta la llegada sucesiva, en 1812, de los navíos *San Pedro Alcántara*, *Miño*, *Algeciras*, *Asia*, conduciendo al regimiento de Castilla, batallones de Asturias, Lobera, Zamora y compañías de artillería, fuerzas con las que varió el aspecto de la campaña, batallando sin cesar y con varia fortuna contra tantos enemigos.

Todavía en el curso del año 1813 fué tremenda la lucha: Morelos sitió á la plaza de Acapulco, y llegó á tomarla al cabo de cerca de siete meses el 18 de Agosto; mas en este tiempo

<sup>1</sup> Los mandaban D. Antonio Cuartara y D. Jacobo Murfi.

<sup>2</sup> En Baton Rouge, á 26 de Septiembre de 1810, hicieron la proclamación, no habiendo entre las firmas una sola de hispano-americano; todas eran de colonos sajones.

<sup>3</sup> Parte de D. Fernando Bustillo, comandante del navío *San Pedro Alcántara*, trasladando el del Gobernador de Veracruz, en que encarece los servicios prestados por los oficiales de la Armada, singularmente por D. Juan Bautista Topete, comandante de la goleta *Carmen*.



que estuvo ocupado, se destruyeron muchas de las partidas que hormigueaban por el país, se puso á raya á los anglo-americanos protectores del movimiento y apoderados de Nacogches y de Movila <sup>1</sup>. La fortuna mostró al virrey nuevo D. Félix Calleja rostro menos contrario que al antecesor en la campaña que dirigía, como quien la habra hecho en lo peor de las circunstancias; una y otra vez fué derrotado Morelos; muerto Matamoros (también cura), desconcertados los demás jefes por las armas ó por las disensiones y rivalidades entre sí, descendiendo el auge de la rebelión por los pasos que sirvieron á su crecimiento. Se recobró Acapulco; se restablecieron las comunicaciones; se reanimó el espíritu de los españoles, abatido con las anteriores desgracias, arrimándose á su partido los que estaban á la mira del juego de los sucesos.

La Marina española brilló en la guerra sangrienta de los cinco años fuera de su elemento, cubriendo la falta que se hacía sentir de jefes y oficiales del Ejército al poner el Virrey sobre las armas á más de 80.000 hombres indisciplinados. Mandóle, al efecto, 15 de la Armada el Comandante general del apostadero de la Habana, y todos se distinguieron, lo mismo que los de la estación de Veracruz, de que queda hecho mérito. El capitán de navío D. Rosendo Porlier, á la cabeza de la columna formada con la dotación de su fragata *Atocha*, realizó prodigios, ganando la batalla de Zapotlán y otras en que deshizo á las fuerzas de Morelos; el capitán de fragata D. Ciriaco del Llano, ó Llanos, venció en seis acciones reñidas, corriendo por terreno de 180 leguas tras de los rebeldes; D. Gonzalo de Ulloa defendió al puerto de Alvarado contra fuerzas diez veces mayores de las que tenía á las órdenes; los tenientes de fragata D. Bartolomé Argüelles y D. Rafael Casasola llevaron á cabo acciones calificadas de heroicas; D. José Ruiz de Cárdenas, D. Miguel Soto y uno de los Michelenas dieron la vida en aras de la patria, peleando denodadamente. Ellos sirvieron como jefes de divi-

<sup>1</sup> Archivo del Ministerio de Marina. *Expediciones de Indias*, 1813, 29 de Julio.



sión, como artilleros, como ingenieros, como gobernadores de castillos ó plazas, haciéndose dignos de la confianza depositada, empezando por el brigadier D. José de Quevedo, en cuyas manos se puso la ciudad de Veracruz, puerta del virreinato. El pundonor de que blasonaban se acreditó con hecho que citan los historiadores de la revolución, y que repetiré, contribuyendo á la notoriedad.

Nombrado el capitán de fragata D. Manuel de Céspedes para tomar el mando de una columna, fué detenido en el camino y llevado á presencia de D. Ramón Rayón, general insurgente seglar, antiguo conocido. Instóle á tomar el partido de la independencia con razones de afecto, á las que contestó el prisionero <sup>1</sup>:

—Señor D. Ramón, la Marina Real de España no se avergonzará jamás de ver mi nombre en la lista de sus oficiales.

—Está bien—repuso el jefe republicano, contrariado.—Si yo hubiera caído en poder de usted, ¿qué hubiera hecho conmigo?

—Fusilarle inmediatamente, por traidor.

—Eso haré yo—dijo, tomando parte en la conversación, el licenciado Ignacio, hermano de Ramón Rayón, fautor y cabeza de la Junta de Zitácuaro <sup>2</sup>.

Algo pudiera anotarse en sentido contrario, lo mismo en las revueltas de Nueva España, de mención presente, que en las de otras partes de América. El teniente de navío D. José Alvarez de Toledo, natural de Santo Domingo y diputado que había sido por su isla en las Cortes de Cádiz, por ejemplo, pasó al campo de la rebelión, simpatizando con sus ideales si no con los procederes de aquella turba de guerrilleros clérigos, criollos indios, mestizos y mulatos, siendo de los que contribuyeron al armamento de corsarios norteamericanos con bandera insurgente, los cuales, mientras los buques de la Armada estacionaban en Veracruz sin gente, hicieron sobre 50 presas en la costa de Campeche.

<sup>1</sup> Arrangoiz, *Méjico desde 1808 hasta 1867*.

<sup>2</sup> El general Riva Palacio ha transcrito la declaración de esta Junta, fecha á 20 de Noviembre de 1811, tratando de justificar el fusilamiento de Céspedes como ejemplar necesario.

